

NOTA DEL AUTOR:

Una reseña que escribí sobre el libro de Michael Behe *Darwin's Black Box*, provocó una airada respuesta de Carlos Wotzkow, titulada “El fundamentalismo ¿inteligente? de Servando González”. Sugiero a los interesados en el tema que, antes de leer mi respuesta al artículo de Wotzkow, lean primero el artículo inicial en mi sitio web, www.servandogonzalez.org, y luego la respuesta de Wotzkow en *Guaracabuya*.

¿Evolución en la revolución? Una respuesta a Carlos Wotzkow

por Servando González

Copyright © 2007 por Servando González. Todos los derechos reservados.

Al parecer lo que más le molestó a Wotzkow de mi reseña del libro *Darwin's Black Box* de Michael J. Behe fue que en ella afirmo que la teoría de la evolución darwiniana es en realidad una forma encubierta de religión que nada tiene que ver con la ciencia. Esa afirmación hizo arribar a Wotzkow a la festinada conclusión de que soy un fundamentalista religioso, de ahí el título de su respuesta “El fundamentalismo ¿inteligente? de Servando González”.

Por consiguiente, voy a dedicar la primera parte de este trabajo a abundar en las razones por las que el Darwinismo y la teoría de la evolución se convirtieron en doctrinas religiosas encubiertas, y la segunda a explicar por qué, a pesar de ser una falsa ciencia, el darwinismo y la evolución se han extendido y apoderado de los centros educacionales de los E.U. hasta convertirse en una especie de doctrina oficial.

Primera Parte:

El darwinismo como forma encubierta de religión

Darwinismo y totalitarismo

Excepto para los procastristas más recalcitrantes, es evidente que el engendro castrista ha resultado ser un fracaso total tanto en lo económico y lo político, como en lo ideológico y lo social. No obstante, todavía a veces se escucha a alguien referirse con aprehensión a los llamados “logros de la revolución”, y a lo que pasará con esos logros cuando el castrismo desaparezca.

En mi modesta opinión, nada; pero absolutamente nada, de lo que ha producido el castrismo en Cuba es positivo. El mal construido edificio castrista fue erigido sobre bases falsas. Por tanto, es

irreparable, y lo único razonable que puede hacerse es demolerlo por completo y construir uno nuevo sobre bases sólidas.

No obstante, después de leer la respuesta de Carlos Wotzkow alguien bien pudiera llegar a la conclusión de que no todo ha sido malo en la Cuba castrista.

Es cierto que entre los más notables “logros” del castrismo están el haber llenado la isla de cárceles, haber destruido la industria azucarera, eliminado la libertad de expresión, perseguido e internado en campos de concentración a homosexuales, religiosos y otros opositores, discriminado a los negros y otras minorías, destruido la ecología del país, y muchos otros “logros” que harían esta lista demasiado larga.

Pero, por otra parte, hay que reconocer que en las escuelas y centros de enseñanza de la Cuba castrista se ha hecho algo bueno; se ha prohibido enseñar el oscurantismo reaccionario que es la religión y se ha impuesto la enseñanza obligatoria del darwinismo y la evolución. Y los resultados positivos son evidentes: ya hay varias generaciones de cubanos ateos, sin nocivas creencias religiosas, y fervorosos creyentes en el darwinismo y la evolución.

Uno de estos nuevos ateos productos del castrismo es Carlos Wotzkow. No es que lo afirme yo gratuitamente. Él mismo lo reconoció en un artículo publicado en el sitio web de la Fundación Argentina de Ecología Científica, que tituló “¿Cómo explicar a Darwin?”, en el que admitió que: “Yo, por azares de la época y el país en el que me tocó nacer, no creo ni en Dios ni en la santísima Trinidad.”

Las palabras de Wotzkow causaron tal avalancha de críticas de los lectores, que, a instancias de Eduardo Ferreyra, Director de la Fundación y editor del sitio web, Wotzkow se vio precisado a publicar otro artículo en el que dulcificaba un poco sus afirmaciones anteriores, pero en el que escribió, refiriéndose a la crítica de un lector en particular:

“A ese que me ataca diciendo que yo me cuestioné a Dios y no al ateísmo en el que me adoctrinó el comunismo, puedo asegurarle que se equivoca. Soy tal vez uno de los pocos cubanos que podría ayudarle a entender que las ciencias no creen tampoco en el oscurantismo de Marx y muchísimo menos en el de Engels. Si usted me ataca por el hecho de yo haber crecido en un régimen comunista, usted es de los que ataca gratuitamente y no sabe escoger los enemigos. Pero en todo caso, usted no demuestra que haya sido el comunismo el causante de mi poca fe en Dios, ni tan siquiera capaz de demostrar que mi agnosticismo viene de Marx, y no de la teoría de Darwin.”

Dejo a los lectores la interpretación de los hechos, y la evaluación de quién tiene la razón, si Wotzkow o el lector, pero quiero dejar constancia aquí de que, en mi opinión, de la Cuba castrista nada se puede, ni se debe salvar, ni siquiera el darwinismo. O, mejor dicho, especialmente el darwinismo. Como bien señala Orlando Fondevilla en su artículo “La educación castrista”, “La educación castrista no sólo no es un ‘logro’ del régimen, sino que es, de todos sus fracasos, el más dañino y el de más difícil solución.”

En junio de 1962 se llevaron a cabo varias reuniones en la Biblioteca Nacional de Cuba en La Habana. En ella participaron los más renombrados intelectuales cubanos del momento, quienes fueron confrontados en forma hostil por el Presidente Osvaldo Dorticós, el Ministro de Educación Armando Hart, el Primer Ministro Fidel Castro y otros funcionarios del gobierno. En el discurso de clausura a las reuniones, Castro acuñó una frase que definió los estrechos límites de la libertad intelectual en Cuba: “Dentro de la revolución todo; contra la revolución nada.”

Por supuesto que, como tantas otras, la frase no es original de Castro. Como fiel estudiante de los curas jesuitas del Colegio de Belén, a quienes admiraba, Fidel la escuchó de boca de sus mentores: *Extra Ecclesiam nulla salus*, uno de los dogmas de la Iglesia Católica, que significa “Fuera de la Iglesia no hay salvación.”

Traigo lo anterior a colación por el hecho de que, curiosamente, tan sólo suprimiendo las erres iniciales en la frase de Castro hallamos la frase que mejor describe los estrechos límites de la libertad intelectual en el terreno de la biología en los Estados Unidos: “Dentro de la evolución todo; contra la evolución nada.”

En "Evolutionary History and Population Biology", un artículo publicado en la revista *Nature* en 1957 (vol. 214, p. 369), L.C. Birch, biólogo de la Universidad de Sidney, y Paul Ehrlich, biólogo evolucionista y neomaltusiano de la Universidad de Stanford, describen con lujo de detalles el dogma darwiniano:

“Nuestra teoría de la evolución se ha convertido . . . en algo que no puede ser refutado a partir de ninguna observación. Cualquier observación concebible tiene que caber dentro de ésta. Está, por tanto, “fuera de la ciencia empírica”, pero no es necesariamente falsa. Nadie puede pensar en formas en que se pueda probar. Ideas sin base, o basadas en unos pocos experimentos de laboratorio extremadamente simplificados, han logrado aprobación mucho más allá de su validez. Se han vuelto parte de un dogma evolucionario aceptado por la mayoría de nosotros como parte de nuestro entrenamiento.”

En bueno aclarar, porque al principio a mí me costó trabajo entenderlo, que los profesores que escribieron el párrafo anterior, son conocidos prodarwinistas, y no se están valiendo del sarcasmo o la sátira para combatir el darwinismo. Por el contrario, están expresando sin sonrojo alguno una dogma que consideran evidente.

Como aquí en los E.U. todavía no hemos llegado a la fase final de implementación de una sociedad totalitaria totalmente establecida -- aunque es evidente que marchamos hacia ella a pasos agigantados --, aún quedan vestigios de libertad en las universidades, y los profesores que no acatan el dogma de la evolución darwinista no son expulsados, ni les hacen actos de repudio, ni son enviados a la cárcel. Pero todo el mundo en ese campo sabe que oponerse al darwinismo y la evolución es un gran riesgo, y conlleva ser condenado al ostracismo, el estancamiento de la carrera, y volverse un apestado.

En su artículo el propio Wotzkow lo reconoce, cuando aclara que “Hace semanas, antes que su artículo apareciera publicado en su página de Internet yo le había señalado [a Servando] de los

riesgos que podía entrañar asociar gratuitamente a Darwin y a la teoría de la evolución con las conspiraciones políticas a las que nos tiene acostumbrado el ambientalismo.”

Ciencia y religión

En un artículo publicado hace algún tiempo en *Guaracabuya*, que titulé “The New Opium of the Masses”, me adentro en el tema de la religión con la pregunta retórica ¿Qué es una religión?, la que contesto:

Una religión es básicamente un corpus doctrinario basado en creencias, aceptadas sin reservas mentales por los fieles debido a su fe. La principal característica que distingue la religión de la ciencia es que, mientras que la primera está basada en creencias, la segunda se basa en datos observables y reproducibles. Contrariamente a la ciencia, que es una rama del saber, la religión, junto a la política, la historia, el arte, la literatura, etc., pertenece al campo de la ideología. Por eso los positivistas lógicos afirmaron certeramente que, en última instancia, ciencia es todo aquello que no es ideología.

La religión y la ciencia pertenecen a dos ámbitos diferentes del conocimiento humano, ambos independientes y necesarios. Criticar el dogma católico de la santísima Trinidad alegando que no es un hecho científico equivaldría a criticar la teoría de la relatividad de Einstein diciendo que no es una creencia religiosa. Ambas afirmaciones son correctas, pero tan irrelevantes como comparar manzanas con naranjas.

Las personas religiosas que tratan de hallar pruebas científicas que confirmen sus creencias religiosas, o están confundidas o sus creencias religiosas no son suficientemente sólidas. Las personas verdaderamente religiosas ni ocultan ni se sienten avergonzadas del hecho de que su religión sea un dogma basado en creencias y sustentado únicamente por la fe.

Por cierto, ni el dogma de la santísima Trinidad ni la teoría de la relatividad son actividades estéticas, pero esto también es irrelevante, porque el arte pertenece a otro ámbito del conocimiento humano, tan necesario como la ciencia y la religión. Usar la ciencia como medida para juzgar todas las esferas del conocimiento humano no sólo es absurdo, sino que equivale a convertir la ciencia en una especie de religión oficial todopoderosa -- tal como sucede en los países teocráticos -- algo de por sí muy poco científico.

La respuesta de Wotzkow transpira la arrogancia de quien se considera intelectualmente superior porque se trata de un científico racional lidiando con un oscurantista y reaccionario fundamentalista religioso -- “los científicos *estamos* obligados a intentar ser algo más que el polvo místico de un diseñador inteligente”.

Pero más adelante Wotzkow afirma que “Los judeocristianos leen en sus sagradas escrituras que *“pride goeth before destruction”* y los científicos *creemos* que es al revés”, y en otra parte de su respuesta afirma que “*Creer* firmemente en una teoría no es un error científico”. Sin embargo, al comienzo del artículo Wotzkow me critica diciendo que “[mi] intelecto en esta materia se basa en argumentos empantanados en [mi] propia *incredulidad*.” Esto me hace pensar que, o la

definición de ciencia que di anteriormente no es correcta, o Wotzkow es el creyente y yo el científico. Que yo sepa, la característica fundamental de un científico no es la credulidad, sino el escepticismo. Para un científico nada es cierto porque alguien lo afirme, sino porque la experimentación directa lo confirma.

Según el Método Científico -- la prueba a la cual deben someterse todas las teorías científicas --, para que una teoría pueda considerarse científica tiene forzosamente que poseer estas cuatro características: 1, tiene que poderse observar; 2, tiene que poderse probar empíricamente; 3, la prueba tiene poderse repetir; y, 4, tiene que poderse falsificar. Estas cuatro características tienen que estar por fuerza presente; ninguna puede faltar.

Tal vez la más importante de las cuatro características sea la última: que la teoría puede ser falsificada, porque si no puede serlo, se debe a que es una verdad absoluta que no merece discutirse y, por tanto, cae en el campo de la metafísica, no de la ciencia. Y eso es precisamente en lo que se ha convertido la teoría de la evolución: una verdad metafísica que no puede ni siquiera pensarse que pudiera discutirse.

Según el método científico, el hecho de que una teoría científica sea aceptada no significa necesariamente que sea cierta, porque en el campo de la ciencia no hay verdades absolutas. Lo único que significa es que es aceptada provisionalmente hasta que algún científico proponga otra que explique mejor el fenómeno que se estudia. Por supuesto, que esta teoría tiene que haber pasado previamente por la prueba del método científico. O sea, que la ciencia es una actividad practicada por incrédulos que no buscan la verdad, pues ésta se halla fuera del ámbito de la ciencia, y que no creen nada sin comprobarlo mediante la aplicación del método científico.

Pero, por una enrevesada lógica que aún no logro descifrar, Wotzkow se olvida de su propia afirmación de que él es un creyente en tanto que yo soy un incrédulo, y me acusa repetidamente a mí de ser un fundamentalista religioso.

Tal vez fue esa acusación la primera que le vino a la mente por no hallar otra mejor, pues no creo que, basado en los libros y las decenas de artículos que he escrito sobre diferentes temas, nadie pueda inferir tal conclusión. Si, tal como afirma Wotzkow, yo soy un fanático religioso, no cabe duda de que hasta el momento lo he sabido ocultar muy bien. Sería bueno que, como científico que cree ser, expusiera los hechos, no las creencias, en que se basó para escribir tan festinada afirmación, y así me desenmascara ante los lectores.

Pero no considero que sea necesario. Después de haber leído mi crítica al libro de Behe, y la respuesta de Wotzkow, dejo al criterio de los lectores la evaluación de cual de los dos trabajos tiene todas las características de haber sido escrito por un fanático religioso.

Ciencia y científicismo

Como expliqué anteriormente, usar la ciencia como la medida de todas las cosas es esencialmente anticientífico. Entre otras cosas porque la ciencia no es sólo un mal maestro, sino también un sirviente peligroso que no debe ser venerado.

Esencialmente la ciencia se basa en un principio bien definido y limitado: la obtención de datos mensurables. Lo cual indica que todo lo que no es mensurable es descartado de antemano. Además, el determinismo científico (o acientífico) hace que la mayoría de los científicos solo vean lo que les conviene para validar sus ideas preconcebidas -- el caso del fraude de la mandíbula de Piltdown es un buen ejemplo de esto, aunque no es el único ni el más notable.

Debido a las limitaciones intrínsecas del método científico, los científicos sistemáticamente ignoran evidencia, por obvia que esta sea, cuando proviene de áreas que caen fuera de lo que el método científico acepta. O, dicho en forma más clara, no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Por ejemplo, desde la más remota antigüedad la gente observó que caían piedras del cielo. Algunas caían tan candentes que incendiaban bosques. Otras mataban personas y animales. Por supuesto, que todo eso era pura ignorancia y superstición religiosa. Para contrarrestar ese desatino oscurantista, el gran Lavoisier, afamado científico de la Academia Francesa, se vio precisado a declarar formalmente que del cielo no podían caer piedras, por la simple razón de que no había piedras en el cielo.

Punto final. La ciencia ha hablado. Se acabó la discusión.

Pero, como la realidad es cabecidura, las piedras continuaron cayendo del cielo. Hoy los científicos las llaman aerolitos.

Como dije anteriormente, si el método científico por sí mismo es limitado, los límites de investigación de los biólogos evolucionistas, debido a su intrínseca característica acientífica, son aún más limitados. Es por eso que su ignorancia es mayor. Pero la realidad no perdona a quienes tratan de ignorarla, y las piedras continúan cayendo del cielo.

Hace relativamente pocos años, y gracias a la creación del microscopio electrónico, algunos investigadores descubrieron un mundo increíble y fascinante. El primer paso lo dieron Watson y Crick en la década de los 50, cuando, mientras observaban una fibras de DNA, tuvieron una intuición sobre su forma y, usando sus habilidades matemáticas, determinaron que la molécula del DNA debía la forma de una doble hélice entrelazada. Esta hipótesis fue posteriormente confirmada empíricamente cuando aparecieron los primeros microscopios electrónicos.

Pero los microscopios actuales son mucho más potentes, y están revelado un mundo mucho más increíble. Por ejemplo, la célula -- cada una de ellas, desde la más simple a la más compleja -- es como una fábrica en miniatura, perfectamente construida, compuesta de pequeños mecanismos, que a su vez contienen mecanismos mucho más pequeños. Estos descubrimientos, que han sido motivo de entusiasmo y admiración por parte de los verdaderos científicos, y que, paradójicamente, no han sido rechazados por los religiosos, han causado tal consternación,

alarma y pánico entre los “científicos” darwinistas que los tiene paralizado de terror. Es por eso que tratan de acallarlos recurriendo a la censura, el hostigamiento, y hasta a las amenazas personales.

Como afirma Behe en su *Darwin's Black Box* (p. 187), nadie en la universidad de Harvard, ni en el National Institute of Health, ni ningún miembro de la National Academy of Sciences, ni ningún ganador del premio Nobel, se ha atrevido a dar una explicación científica de estas cosas. Es evidente que, debido a su extrema complejidad y propósito, no pueden ser producto del azar o la evolución, pero, ¿cómo se formaron? Es obvio que existen, porque están ahí y todo el mundo puede verlas, pero ¿quién las hizo?

Los científicos honestos, los que no tienen una agenda política secreta, los que ven la ciencia como una simple área del saber humano en constante desarrollo, no como la medida de todas las cosas, llegaron a la única conclusión posible: como es imposible que la existencia de estas cosas en el micro mundo sea producto del azar, lo único que lo explica es que sea producto de una actividad inteligente -- lo cual no es sino la aplicación práctica del postulado de Sherlock Holmes, uno de los precursores del método científico, quien afirmó que: “Si eliminamos lo imposible, lo que quede, por improbable que parezca, tiene forzosamente que ser la verdad.”

Estos descubrimientos dieron origen a la hipótesis científica que hoy se conoce como diseño inteligente.

(En mi artículo original sobre el libro de Behe mencioné mi primera impresión cuando vi un dibujo de un virus bacteriófago en un libro de biología. Como no tengo la forma de incluir ilustraciones en Guaracabuya, le ruego a mis lectores que vean mi artículo en mi sitio web, www.servandogonzalez.org, donde incluí una ilustración del virus muy similar a la que aparecía en mi libro de biología. Al final del artículo he puesto cuatro ilustraciones de un virus bacteriófago similar, pero vistas por un microscopio electrónico moderno. Creo que son suficientes para que los lectores lleguen a sus propias conclusiones sobre si estas cosas puedan ser producto del azar o de un diseño inteligente.)

Como los científicos son seres humanos y tienen pasiones, esta no es la primera vez en la historia de la ciencia que surgen acres polémicas en su campo. Esta es, sin embargo, la primera vez que los científicos que no están de acuerdo con una nueva teoría que cuestiona la veracidad de la que ellos sustenta, tratan de deshacerse de los disidentes eliminándolos del campo de la ciencia acusándolos de fanáticos religiosos -- lo cual no es sino una versión moderna de la Iglesia católica acusando a ciertos científicos de herejes. “E pur si muove”.

Pero la ingrata realidad no perdona a los darwinistas, las piedras siguen cayendo del cielo y, mientras más observan ese micro mundo fascinante por sus potentes microscopios, más científicos honestos no pueden evitar admirarse ante esa maravilla y preguntarse quién la creó. Porque no sólo es anticientífico, sino además absurdo, y hasta estúpido, pensar que pudo hacerse sola como resultado de un azaroso proceso evolutivo.

Ante este tsunami de evidencia incuestionable que amenaza con barrerlos, los darwinistas sólo logran balbucir que estos mecanismos son el producto azaroso de la naturaleza. Pero eso

equivale a adjudicarle a la naturaleza el mismo papel que los religiosos le asignan a dios, lo cual confirma mi opinión de que el darwinismo no es más que una religión disfrazada de ciencia. La gran diferencia entre la religión darwinista y la cristiana es que el dios del darwinismo es otro muy diferente del dios cristiano. Y esto es una gran diferencia, que analizaré más adelante.

Ateos y ateístas

Tal como él mismo admitió en su artículo publicado en el sitio argentino, Wotzkow se considera ateo. Sin embargo, después de leer su respuesta a mi crítica del libro de Behe, yo más bien lo calificaría de ateísta. Me explicaré mejor citando un ejemplo de otro campo.

¿Qué es un vegetariano? Un vegetariano es una persona que, bien por razones de salud, o de gusto, o porque le da su real gana, prefiere limitar su dieta a la ingestión de vegetales. Los vegetarianos no hacen gala de su afición a los vegetales, ni se sienten orgullosos de serlo, ni se consideran superiores a los no-vegetarianos, ni pertenecen a organizaciones o grupos de vegetarianos, ni se pasan todo el día hablando del tema.

Por el contrario, los llamados “vegans” son vegetarianos militantes, que lleva su vegetarianismo a extremos que lindan con lo ridículo. Algunos vegans ni siquiera tocan, aunque se estén muriendo de hambre, una comida que haya sido cocinada en una cazuela donde anteriormente alguien cocinó un pollo. Los vegans pertenecen a organizaciones que son como sectas, donde se reúnen con otros similares y comentan sobre lo superiores que son al resto de los mortales.

Es esta la diferencia que existe entre cualquier actividad humana en sí misma, y la misma actividad politizada y convertida en ideología. Es la misma diferencia que existe entre homosexual y gay -- diferencia que tal vez sea el secreto mejor guardado del movimiento gay.

Esa diferencia explica el por qué los gays de San Francisco boicotearon en los cines del área de la bahía la película *Antes que amanezca*, basada en la vida del escritor Reinaldo Arenas. Esta diferencia también explica el por qué, a pesar de la persecución y el hostigamiento a los homosexuales en la Cuba de Castro -- que todavía no ha desaparecido del todo, y que constituye uno de los hechos más lamentables y bochornosos de la historia reciente del continente americano --, la comunidad gay norteamericana es predominantemente procastrista.

Esa diferencia también explica el hecho de que, cuando millares de homosexuales cubanos arribaron a este país huyendo del castrismo durante el éxodo del Mariel, no fueron organizaciones gay, sino religiosas, las que les tendieron una mano de ayuda. Es cierto que esas organizaciones los consideraban pecadores, pero, ante todo, los vieron como seres humanos dignos de respeto, compasión y ayuda.

De la misma forma, un ateo es una persona que, por razones filosóficas, personales, o porque le da su real gana, no cree en la existencia de dios. La mayoría de los ateos no hacen gala de su condición, ni se la restriegan por la cara a los religiosos, ni por ello se sienten superiores a los demás.

Por el contrario, los ateístas son ateos militantes. Son los *vegans* de la religión ateísta.

Pero, por las mismas razones implícitas del método científico, que hacen imposible demostrar científicamente la existencia de Dios, tampoco es posible probar científicamente que Dios no exista. Por consiguiente, el ateísmo militante cae en una contradicción lógica insuperable, y pronto se convierte en una forma encubierta de religión. Es por eso que muchos ateístas famosos fundaron una religión que llamaron Humanismo, que era la religión “científica que vendría a acabar con la religión.”

Aunque Wotzkow dice ser ateo, evidentemente muestra varios de los síntomas del ateísmo militante. Como los *vegans*, tal vez para no contagiarse con mi “fundamentalismo religioso”, no sólo me retiró su amistad, sino que me informó de que no me comunicara más con él por correo electrónico. Además, aunque autorizó a todo el mundo y su tía a que reprodujera el artículo en el que me ataca, rechazó mi oferta de que yo se lo publicara en mi sitio web y llegó al extremo de prohibirme explícitamente que lo hiciera -- evidentemente para que su artículo no se contagiara con mi “fundamentalismo religioso”. Bueno, cada loco con su tema.

Sin embargo, al parecer Wotzkow nunca pensó en el peligro de contagiarse con el castrismo solapado cuando publicó varios artículos suyos en *Encuentro en la Red*, una publicación que él mismo califica de “la Jiribilla del exilio en Europa.” Por supuesto, que esa certera evaluación no se le ocurrió hasta después que *Encuentro* se negó a seguirle publicando sus artículos.

Darwinismo y ocultismo

En mi artículo inicial afirmé que el Darwinismo no es sino una religión encubierta, y anteriormente mencioné en este artículo que la mayor diferencia entre el cristianismo y el darwinismo era que veneraban a dioses diferentes. Como la gran mayoría de mis lectores conoce muy bien cuál es el Dios del cristianismo, me limitaré a escribir sobre el dios del darwinismo.

La piedra angular que soporta todo el edificio darwiniano es la evolución. En su sentido biológico más estricto, evolución significa un proceso por el cual la vida surgió espontáneamente de la materia inanimada, y luego evolucionó hasta alcanzar formas superiores, totalmente por medios naturales. Pero la idea de que la vida surgió de la materia inanimada no es original de Darwin. En realidad es mucho más antigua que lo que los darwinistas nos tratan de hacer creer.

La creencia de que la vida surgió de la materia inanimada sin participación divina aparece en la mitología de las civilizaciones más antiguas de este planeta. La antiguas religiones paganas de Mesopotamia, Egipto y Grecia son la base de muchas supersticiones modernas, entre ellas el darwinismo.

En los mitos de creación de los egipcios y los babilonios aparece la creencia de un mar primordial del que surgió la vida. Una creencia similar aparece en el hinduismo, y se explica en detalle en el Rig Veda, el Atharva Veda, y otras antiguas escrituras. El hinduismo no acepta la idea de un Creador, sino que considera que el universo y la vida evolucionaron a partir de un pedazo primigenio de materia inerte llamada “prakiti”.

Los darwinistas mantienen que la vida surgió de la materia inerte y evolucionó de formas simples a otras más complejas como resultado de fuerzas al azar controladas por la madre naturaleza. Una creencia similar existía entre los antiguos griegos, en cuya mitología la madre naturaleza era llamada “Gaia”. En otras religiones paganas se le conoce como la diosa de la abundancia.

La relación entre el darwinismo y el ocultismo no es difícil de probar, pues ambas están inextricablemente entrelazadas. No es producto de la casualidad que haya sido un prominente científico evolucionista, James Lovelock, quien enunció la “teoría de Gaia”, que ha sido abrazada por los adeptos del New Age, según la cual el planeta tierra es un organismo vivo, que sufre en su propia carne cuando alguien maneja un auto, fuma un habano, o come frijoles y aguacates y luego contamina el medio ambiente. Según los seguidores de esta teoría, los seres humanos no somos más que una plaga que hay que destruir antes de que nosotros destruyamos a Gaia.

Otro aspecto en el que los evolucionistas copian creencias antiguas es en el culto solar. Según los darwinistas, el sol es la fuente de la vida en este planeta. Fue la luz solar la que engendró el proceso por el que la materia inerte de ese “caldo primigenio” cobró vida. Después fue la energía solar la que causó la evolución y mutación de las distintas especies.

En su libro *Cosmos*, Carl Sagan, otro famoso darwinista ateo y acérrimo enemigo del cristianismo, afirmó: “Si fuera necesario adorar algo más grande que nosotros, ¿no tendría lógica que adoráramos el sol y las estrellas?” Más adelante, en el propio libro, Sagan insiste sobre el tema: “Nuestros antepasados adoraban el sol y las estrellas, y no eran tontos.”

Por más de 2000 años los numerólogos hebreos y los estudiosos de la Cábala han estudiado el Viejo Testamento en busca del código de la vida. El libro más antiguo de la tradición ocultista hebrea, el *Sefer Yetzirah*, describe como Yahveh creó el universo y todos los seres vivos en forma mágica a partir de las 22 letras del alfabeto hebreo. El texto afirma que quien descubra estas combinaciones de letras también podrá crear vida a partir de la materia inerte.

Los esfuerzos mágicos dedicados a crear vida a partir de la materia inorgánica comenzaron en el medioevo. En mi artículo anterior mencioné al famoso Golem de Praga, creación del rabino Loew para protegerse de sus enemigos. Loew comenzó su obra creando una escultura de barro que tomó de la ribera del Vltava. Pero, aunque según la leyenda el Golem protegió a los judíos de Praga, algo salió mal, por lo que Loew decidió privarlo de la vida que le había dado.

Un famoso alquimista medieval que trató de crear vida a partir de la materia inanimada fue Teofrasto Bombasto von Hohenheim, más conocido como Paracelso. Según Paracelso, él había sido capaz de crear un ser humano artificial, al que llamó un homúnculo. Este ser tenía unas doce pulgadas de estatura y, luego de trabajar brevemente para su creador, se rebeló, escapó y más nunca apareció.

El propio Darwin no fue ajeno a las prácticas del ocultismo. Durante su largo viaje, la *Beagle* tocó puerto en algunas partes de América del Sur, y Darwin se adentró a lomo de caballo en el

continente, donde pasó una corta temporada estudiando las costumbres de ciertas tribus suramericanas. Cuentan algunos de sus amigos que fue allí cuando se inició en la práctica de la magia negra.

Fue después de esa estancia con los indios suramericanos, que Darwin viajó a las Galápagos, donde hizo sus primeras observaciones sobre los pinzones, una aves de pico característico que habitaban esas islas. Según la historia oficial del darwinismo, fueron estas observaciones las que condujeron a Darwin a postular su teoría de la evolución por vía de la selección natural.

Pero los libros prodarwinistas ocultan que el verdadero creador de la teoría de la evolución no es Darwin, sino Alfred Russell Wallace, un practicante del espiritismo y el marxismo, que la había publicado anteriormente en un artículo científico que tituló *Ternate Paper*. Darwin, en complicidad con sus amigos Charles Lyell y Joseph Hooker, plagiaron descaradamente la teoría de la evolución de Russell Wallace y la publicaron bajo su nombre. Esta historia sórdida de los verdaderos orígenes del darwinismo está descrita con lujo de detalles en *A Delicate Arrangement*, de Arnold C. Brackman y en *Darwin and the Mysterious Mr X: New Light on the Evolutionists*, de Loren Eiseley.

Pero, volviendo a Darwin, cuentan sus amigos que, después de su regreso a Inglaterra tras la travesía en la *Beagle*, Darwin experimentó un cambio radical en su carácter; se volvió un ser solitario, extraño y misterioso, y su salud se deterioró ostensiblemente. Debido a su ignorancia supina de las leyes genéticas, Darwin se casó con una prima hermana, y siete de sus hijos nacieron con problemas físicos y mentales. Una de sus hijas murió poco después de nacer, otra a los diez años de edad. Su hija mayor sufrió un colapso nervioso cuando tenía quince años, y nunca se recuperó totalmente. Tres de sus seis hijos eran inválidos de nacimiento. Su último hijo nació retrasado mental, y murió a los 19 meses de edad.

O sea, que Charles Darwin fue víctima de su propio oscurantismo. Pero, en definitiva, Darwin no fue más que un pobre diablo cuyas teorías disparatadas sólo sirven ahora para que quienes financian el darwinismo y la evolución promuevan su agenda secreta -- de la que hablaré en detalle más adelante.

El propio Darwin reconoció su error al final de su vida cuando, en un gesto tardío de honestidad o remordimiento, escribió: “Al pensar en tantos casos de hombres que por muchos años han perseguido una ilusión, a menudo me sacude un escalofrío y me pregunto si habré dedicado mi vida a una fantasía.” (Carta de Charles Darwin a Charles Lyell, 23 de noviembre de 1859, citada en Francis Darwin, *The Life and Letters of Charles Darwin, vol. II*, New York; D. Appleton and Company, 1888, p. 25.)

El mes pasado la prensa difundió la noticia de la muerte, a los 77 años de edad, de Stanley Miller, un científico que fuera el pionero en la creación de vida artificial en el laboratorio. En 1953 Miller realizó un experimento que conmovió los círculos científicos y el mundo. Miller mezcló en una recámara de cristal, amoníaco, hidrógeno y metano, gases que, según él, se aproximaban a los que existían en la atmósfera primigenia del planeta antes de que existiera la vida, y les añadió vapor de agua, para simular los océanos, en una especie de “caldo prebiótico”.

Luego hizo pasar una descarga eléctrica de 60,000 voltios, que simulara relámpagos, como los que, según Miller, debían haber ocurrido en la tierra en ese período. Después de varios intentos fallidos Miller halló que, al finalizar uno de sus experimentos, en las paredes de la recámara de cristal se habían formado aminoácidos, los elementos básicos de la vida. Este experimento exitoso fue anunciado a bombo y platillo por todo el mundo como prueba definitiva de cómo había surgido la vida en nuestro planeta a partir de la materia inanimada, sin intervención divina alguna.

Si la mayoría de los lectores nunca ha oído hablar más de Miller eso se debe a que los científicos que trataron de reproducir el experimento, tan sólo lograron producir pequeñísimas cantidades de menos de la mitad de los 20 aminoácidos que requiere la vida para existir. O sea, que el experimento de Miller fue en realidad un sonado fracaso.

Pero, según varios darwinistas actuales, el experimento de Miller fracasó tan sólo debido a que la atmósfera de la tierra en esa época era muy diferente de lo que creía Miller. Según estos científicos, para crear vida artificial primero habría que cerciorarse de cuáles eran los componentes de la atmósfera en ese período, y luego exponerlos a una potente fuente de energía -- que algunos pensaban podría ser radiación nuclear.

La muerte de Miller pasó desapercibida en los círculos darwinistas, y su nombre ya no es mencionado ni en los libros de los darwinistas más dogmáticos y recalcitrantes. Sin embargo, aún hoy el experimento de Miller aparece en los libros de texto de las escuelas norteamericanas, y se le muestra a los alumnos como prueba científica de que la vida puede crearse en el laboratorio a partir de materia inanimada.

Pero ahora viene lo más asombroso de esta tragicomedia surrealista que es el darwinismo, que he dejado para el final como plato fuerte, y que muestra una faceta ignorada de la actividad necromántica darwiniana disfrazada de ciencia. Lo que voy a contar tal vez sea uno de los secretos mejor guardados de la época de la invención de la bomba atómica.

El 16 de julio de 1945, en un sitio llamado "Trinity", no muy lejos de Alamogordo, Nuevo México, detonó en la cúspide de una torre de metal la primera bomba atómica, que dio comienzo a la era nuclear. Cuentan testigos presenciales que la explosión del artefacto nuclear que él mismo había contribuido a crear, sobrecogió tanto al físico Robert Oppenheimer, que luego comentó: Al presenciar la explosión, lo primero que me vino a la mente fue un verso del Bhagavad Gita: "Me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos."

Lo que no se menciona en ninguno de los libros que se han escrito sobre ese tema es que el día anterior a la prueba, cerca de la torre metálica se colocó un extraño receptáculo metálico en forma de botella gigantesca. Según la foto que tengo frente a mí, la botella, que aparece en posición acostada, medía aproximadamente unos veinte pies de alto y diez de ancho. Los participantes en la prueba fueron advertidos de que no hicieran ningún tipo de preguntas al respecto, pues botella era parte de un experimento super secreto que no debían mencionar a nadie.

Poco tiempo antes de morir en un extraño accidente en 1952, Jack Parsons, un ingeniero cofundador del Jet Propulsion Laboratory e investigador del California Institute of Technology, comentó con unos amigos que la misteriosa botella contenía un homúnculo. Según Parsons, los científicos que lo habían colocado dentro de la botella esperaban que la fuerte radiación de la explosión atómica le daría vida al engendro inanimado.

Aunque casi totalmente desconocido para el público en general, Parsons era una persona importante y respetada en los círculos científicos. Werner von Braun lo consideraba el verdadero padre del programa espacial norteamericano. Uno de los cráteres de la cara oculta de la luna lleva su nombre en su honor. Lo que mucha gente ignora es que Parsons también era un ávido practicante del ocultismo y que, según testigos presenciales, antes de cada lanzamiento de un cohete de prueba invocaba al dios Pan. Parsons era discípulo del ocultista inglés Aleister Crowley y miembro de la filial californiana de la sociedad secreta Ordo Templi Orientis.

O sea, que la misteriosa botella era parte un experimento darwiniano-alquimista en grande, similar al que años después realizara Miller en pequeño. Pero, como nunca nadie vio al homúnculo vivo, ni se ha mencionado más, ni los darwinistas lo mostraron vivo para probar la veracidad de sus teorías, todo indica que el experimento resultó un fracaso total.

Como se ve, el oscurantismo y la superstición siempre han sido fieles compañeros de viaje del darwinismo. Si Carlos Wotzkow abrazó el darwinismo como una forma de oponerse a lo que él considera el fundamentalismo oscurantista y retrógrado de la religión, me temo que equivocó el camino. Mucho mejor hubiera sido que se hubiese dedicado a practicar el vudú y, en vez de escribir el artículo en el que me ataca con tanta saña, hubiera hecho un muñeco de trapo con mi nombre escrito en el pecho y le hubiera clavado alfileres. Alguien me contó que eso era lo que hacía Celia para deshacerse de los enemigos de Fidel, y que siempre le daba resultado.

Darwinismo y Humanismo

Al comienzo de este artículo mencioné la relación entre el jesuitismo y el castrismo, y esa relación no es metafórica. No hay que olvidar que fue Pierre Teilhard de Chardin, un cura jesuita renegado y aficionado a la arqueología, quien tuvo un papel activo en el descubrimiento en 1912 de la famosa “mandíbula de Piltdown”. La mandíbula era la prueba final necesaria que por muchos años habían buscado los darwinistas -- el famoso “eslabón perdido” --, que demostraba científicamente que el hombre descendía del mono. Sin embargo, como pasa con todo lo relacionado con el darwinismo, en 1959 se descubrió que la famosa mandíbula era un burdo fraude. El eslabón sigue perdido y, al parecer, hace todo lo posible para que nadie lo encuentre.

Fue el propio Teilhard de Chardin quien, en su libro *El fenómeno humano*, publicado en 1955, expuso en detalle el lugar de la ciencia desde el punto de vista darwinista.

“¿Es la evolución una teoría, un sistema, o una hipótesis? Es mucho más. Es un postulado general al cual todas las teorías, todas la hipótesis, todos los sistemas deben ajustarse y

que deben satisfacer para ser aceptables y verdaderos. La evolución es una luz que ilumina todos los hechos; una trayectoria cuyas líneas de pensamiento deben seguir. Eso es lo que significa la evolución.”

Traducido a buen romance, lo que quiso decir el buen Pedro es que fuera del darwinismo no hay salvación. Como se infiere, para Teilhard de Chardin, quien todavía ocupa un lugar cimero en la constelación darwinista, el darwinismo era una religión. Lo interesante es que esto lo escribió mucho antes de que los jesuitas se quitaran la careta y mostraran abiertamente su pasión amorosa por el totalitarismo. Pero, como buenos jesuitas que son, no lo llamaron marxismo ni comunismo, y muchos menos fascismo o falangismo, sino “teología de la liberación”.

Es por eso que en mi crítica al libro de Behe mencioné que el darwinismo no es una teoría científica sino una religión,. Lo que no aclaré en ese artículo fue qué tipo de religión es el darwinismo. Veamos.

Wotzkow termina su respuesta a mi artículo con una cita de Richard Dawkins, el gran guru del darwinismo, a quien evidentemente admira. Dawkins es un ateo militante y feroz detractor de todo lo que huelga a contradecir el darwinismo. Pero todo indica que Wotzkow padece de amnesia selectiva, y convenientemente se olvidó de que, después de leer una de las diatribas Dawkinianas titulada “I am an Atheist, BUT . . .” el mismo Wotzkow escribió un comentario en el sitio web donde apareció el artículo de Dawkins:

“Comment #7702 by Carlos Wotzkow on November 19, 2006 at 5:23 am

I am an atheist as well, but I got extremely dissapointed everytime I read Dawkins phrases blaming cristianity for all and not finding a nanogram of courage to attack islamism the same way. It seems that he knows very well what democracy is, and UK doesn't seems the right place to play with potential hot folks!

It is a shame because this make Dawkins a politician, not a scientist!”

Esa es precisamente la crítica que le hace Michael Crichton, a quien me referiré más adelante, a los proponentes del calentamiento global, y que es totalmente aplicable a los darwinistas. El darwinismo es ciencia politizada, lo que equivale a que no es ciencia, sino ideología.

Pero Dawkins no es sólo un ideólogo disfrazado de científico. También es un fanático religioso oculto bajo una cubierta de ateísmo.

Dawkins ha escrito libros como *The Selfish Gene*, *The Blind Watchmaker* y *The God Delusion*, que no pasan de ser diatribas en contra del cristianismo (y sólo en contra del cristianismo, como bien lo acusa Wotzkow, y a lo que me referiré más adelante en la Segunda Parte de este artículo). Esto le ha ganado el merecido honor no sólo de ser uno de los ateístas más conocidos y prominentes del planeta, sino también uno de los más sólidos promotores del darwinismo y del humanismo secular.

Su último libro, *The God Delusion*, es una diatriba anticristiana tan obvia, que la reseña del mismo que publicó *Publisher's Weekly* expresa que: “Para provenir de un científico que critica la religión por su intolerancia, Dawkins ha escrito un libro sorpresivamente intolerante, cargado de desprecio por la religión y los creyentes.” Tal vez anticipando esa crítica, Dawkins, haciendo gala de la arrogancia que lo caracteriza, escribió en *The God Delusion* que, “Es el científico y el humanista en mí lo que me hace hostil al fundamentalismo religioso cristiano.”

Demás está decir que, al igual que Dawkins, la mayoría de los promotores del darwinismo y la evolución son también ateos, humanistas y arrogantes.

Por supuesto que, en su deshonestidad intelectual Dawkins no menciona un hecho clave que nos da una mejor idea de qué tipo de personaje se trata. Dawkins se jacta de ser científico, ateo, antirreligioso -- o, mejor dicho, anticristiano --, y humanista. Pero si leemos el Manifiesto Humanista -- también llamado Manifiesto Humanista I para distinguirlo de otros Manifiestos que lo siguieron, y que se encuentran fácilmente en la Internet -- hallamos que el Humanismo no es sino una religión “científica” que pretende sustituir a las otras religiones, en especial a las cristianas.

En varias partes del Manifiesto Humanista I, sus redactores se refieren al “Humanismo Religioso”. Según el primer principio del Manifiesto, “Los humanistas religiosos consideran que el universo es autoexistente y no creado.” En el octavo principio, se afirma que “El Humanismo Religioso considera que la realización total de la personalidad humana es el único motivo de la vida humana, y busca su realización aquí y ahora.” El principio número trece expresa que, “El Humanismo Religioso mantiene que todas las organizaciones e instituciones existen tan sólo para la realización total de la vida humana.” El Manifiesto termina expresando claramente que “En eso consisten las tesis del Humanismo Religioso.”

Por cierto, ¿no recuerdan algunos de los lectores que, en su primer visita a los E.U. en abril de 1959, poco después de haberse apoderado del poder en Cuba, Castro se declaró humanista? En un discurso que pronunció en New York el 24 de abril, Castro afirmó: “Ni pan sin libertad, ni libertad sin pan; ni dictadura de un hombre ni de una clase; gobierno del pueblo sin oligarquías; libertad con pan, pan sin terror: eso es Humanismo.”

Desafortunadamente, cuando los cubanos descubrieron que el Humanismo en realidad significaba terror sin pan ni libertad, ya era demasiado tarde.

Castro repitió su arenga humanista en varias oportunidades, y las consignas humanistas comenzaron a brotar como setas después de la lluvia en el periódico *Revolución* y otros medios. Pero, sorpresivamente, poco después de su regreso Castro cambió la onda y el Humanismo desapareció como por arte de magia y más nunca se oyó hablar de él. (Quienes estén interesados en la faceta Humanista de Castro pueden abundar sobre el tema en “Fidel’s Short-Lived Humanism” en mi libro *The Secret Fidel Castro: Deconstructing the Symbol*. Pueden leerlo en mi sitio web www.servandogonzalez.org)

Es significativo el hecho de que Castro decidiera no hablar más del Humanismo después de una visita que hizo a la Harold Pratt House en Manhattan, sede del Consejo de Relaciones Exteriores,

donde sostuvo una larga y amistosa conversación con sus amigos los Rockefellers. Esta visita no fue reportada en la prensa norteamericana. ¿Será que David y Nelson le aconsejaron a su amigo Fidel que decir la verdad no era práctico, y que el comunismo era una cubierta mejor que el humanismo para engañar a los incautos? Otro de los muchos enigmas del castrismo que tal vez un día desentrañaremos.

Pero, si no se lo aconsejaron a Castro, todo indica que sí se lo aconsejaron a los humanistas. A partir del segundo Manifiesto, la palabra “religioso” desaparece del texto -- aunque no creo que haya desaparecido de las mentes de los humanistas.

En su respuesta a mi artículo Wotzkow me critica airado porque llamé a los seguidores del Darwinismo y la evolución un “puñado de inescrupulosos, mentirosos, oportunistas y desinformados.” La traducción es casi correcta, excepto que no los llamé “desinformados”, sino “desinformadores”. Ahora bien, después de haber leído lo anterior sobre Dawkins y el Humanismo, me parece que algunos lectores bien podrían pensar que tal vez me quedé corto.

Sin embargo, tal vez sin saberlo, Wotzkow ha dado con el meollo de la cuestión. No es que los darwinistas estén en contra de la religión, puesto que el propio darwinismo es una religión y la mayoría de los darwinistas son adeptos de distintos tipos de religiones, como el Humanismo y el New Age, sin contar sectas religiosas orientales. Los darwinistas tan sólo combaten un tipo específico de religión, la cristiana. ¿Por qué? Porque el darwinismo es tan sólo una hoja de parra moral para justificar la eugenesia y el genocidio, y uno de los dogmas cardinales del cristianismo es que la vida humana es un don divino que nos ha sido otorgado por un Creador y, por lo tanto, sagrada e inviolable.

-- continúa en la segunda parte --

Guaracabuya
Organo Oficial de la
Sociedad Económica de Amigos del País